

muestra como una buena promesa de novelista de la clase media mexicana.

Cipriano Campos Alatorre es un escritor muy joven, la misma variedad de temas que aborda en este volumen de cuentos, nos da la pauta de su indecisión y de sus posibilidades.—  
JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



«ESTAMPAS DE LA BIBLIA», de *Juana de Ibarbourou*

He leído reiteradamente—con ahinco pasional—este nuevo libro de perfume bíblico de la gran poetisa uruguaya. Ha sido editado por la Sociedad de Amigos del Libro Ríoplatense, esa empresa de lirismo piloteada por finos y penetrantes líricos de las dos orillas.

«Estampas de la Biblia» presenta, en fuertes y aromosos cuadros de evocación, las heroínas y patriarcas del Viejo Testamento. No es una substanciación gráfica, de perfiles decorativos, sino cierta desdibujación de facciones materiales para conseguir, en ágiles momentos de lucidez emocional, los relieves místicos y religiosos de las grandes figuras parlantes y actuan-tes de la Biblia.

Pero Juana de Ibarbourou ha tenido la insubstituible sabiduría estética de permitir que cada personaje se presente por sí mismo, vertiendo desde adentro la suma de emociones y sucesos que definen el lugar, la fisonomía interior y las evocaciones que caracterizan cada jerarquía. Las mujeres heroicas hablan de su entraña desgarrada, del amor tremendo, de la fe pasional o el instinto maldito; y hablan con el mismo ardor e intensidad de entonces, buscando el latido y las formas precisas del alma, a objeto de fijar la vibración espiritual con que viven en los siglos.

Es claro: estas «estampas» surgen de una maraña de lati-

dos humanos. La poetisa quiere hacer con ellas, no cosas estáticas, marmóreas, sino un flujo vivo—valga la redundancia—en que cada ola de pasión amorosa, civil o religiosa constituya el mar ardiente, tumultuoso, rebalsante; costas en que la sustancia humana retuerce sus angustias para el pulso recóndito y preciso del sosiego cósmico. Una voz milenaria prende nuevamente sobre la tierra—sobre la liberación de la tierra—y, casi como a hurtadillas del fárrago mundial, desenvuelve ternezas profundas y férvidos clamores de eternidad. Es el grito de los viejos profetas que el acento lírico desparrama sobre la invencible tragedia del hombre; y es asimismo el sollozo de las mujeres de Israel.—Sarah, Rebeca, Lía, Débora, Ruth, la madre de los Macabeos—que distiende el dolor amoroso en afanes de liberación y de vigilia redentora. Unos y otras reconcilian, en la plenitud artística, un sentido de crecimiento y de comprensión irresistibles. Esto ratifica, frente a todos los vientos marítimos y terrestres, una integración espiritual y la medida secreta en que la vida es un propio contenido de perduración.

Juana de Ibarbourou tiene en esta nueva obra suya un reencuentro con su lúcida vitalidad lírica. Echábamos de menos, en estos años trashumantes, aquel arranque creador y liberador que le diera abolengo esclarecido de cantora magnífica. Ese olor a raíces de árboles nuevos que vitalizó su poesía parecía haberse dormido; quizás guardaba la misma entonación, el atrevimiento libre, todo lo que sirvió en ella para magnetizar en torno a su nombre un valor de primera agua en la poesía de América. Pero no era «ella», la fina, ardiente y calurosa poetisa del desenfado pasional y el vigor expresivo. Su verso parecía nacer despojado del júbilo verbal, ensimismado en planos exóticos; como respondiendo a interferencias de una vibración que en otros cantores era varonía y en ella despersonalización. Tanto Juana como Alfonsina Storni han sufrido indudablemente un hechizo temporal: los desvelos del nuevo liris-

mo. No pudieron continuar en esa fascinación, porque pertenecen a otras latitudes estéticas y viven en acentos más hondos. Alfonsina es hoy—lo digo con admiración leal—una desorientada en su propio verso. Hasta hace algunos meses lo ha sido también Juana de Ibarbourou. Por eso, cuanto tiene jerarquía y dignidad de crecimiento lírico auténtico, está en los cantos de las primeras etapas. No hay que culparlas demasiado; es el impulso disociador del tiempo que vivimos, pues líricos ilustres atraviesan por análogos fenómenos. Pero conviene anotar esa desviación de nuestras celebradas poetisas rioplatenses, porque entraña un hito saludable y una advertencia para otros espíritus.

Ahora concentra Juana de Ibarbourou una plenitud evocativa y expresiva insuperable. Estas estampas bíblicas son vivaces y transparentes poemas de supervivencia espiritual. Se alían en ellos la destreza formal al sentido de reconciliación con el alma; a fuerza de hondura y felicidad han creado una gracia distinta para cada minuto. La tragedia eterna y el dolor de amor están presentes en cierta vigilia de belleza; es el dolor sano y superador de la cosa irremediable. La belleza parece ser, bajo el flúido poético, un nuevo descubrimiento del clamor del hombre de adentro. Esa porfía que, más que angustia de lo que no se tiene, es comprensión de la muerte que hierve en nosotros.

La poetisa uruguaya puntualiza su derrotero categórico. Nos da, con tal motivo, su valentía de antaño. Así, su poesía no es sino autenticidad del crecimiento espiritual de la autora. Habla con palabras porque no puede hablar con otra materia. Mas revela el espíritu en su realidad desnuda; el espíritu que, cada vez más huraño para las formas absurdas de la vida, se vuelca sobre el arte en demanda de la verdad esencial.

Ahora tiene Juana de Ibarbourou un empcionario bíblico y religioso. Vierte en sus páginas, perfumadas y limpias, su

verdadera fisonomía interior. Su voz nace de nuevo con la *mujer* que le pertenece; y nace buscando el sentido integral de la mujer de América, que no puede ser contorsión desatenta de pantalla de cine, sino sangre clamante e impulso de profundidad.—RICARDO TUDELA.

Mendoza, abril de 1935.